

GRUPOS DE FE Y VIDA

IV SESIÓN

**“la formación
para dar razón de nuestra esperanza”**



1. EN SU NOMBRE...

Moderador: Bienvenidos a esta nueva sesión del *Grupo de fe y vida*. Tras la sesión anterior en la que hemos reflexionado sobre el “primer anuncio”, continuamos caminando en comunión hacia la vida plena, en estos encuentros de hermanos en la fe, donde el Señor se hace presente. Comenzamos haciendo un momento de silencio para acogerlo en nuestra vida y nos unimos a su Madre en la invocación al Espíritu Santo, para que interceda por cada uno de nosotros y por todos los que formamos parte de nuestra Iglesia diocesana.

En esta sesión profundizaremos en la necesidad de estar bien formados para dar razón de nuestra fe y esperanza, con solidez y audacia, con coherencia y valentía. Así lo hicieron los Apóstoles en la primera hora de la evangelización de la Iglesia, dispuestos siempre a dar un testimonio valiente de la Resurrección de Cristo, incluso a riesgo de perder la propia vida. Comenzamos invocando la fuerza del Resucitado...

Todos:

Di con el corazón: Jesús es Señor.
Dilo con los labios: Jesús es Señor.
Grábalo en tus entrañas: Jesús es Señor.
Cántalo con tu voz: Jesús es Señor.
Jesús es Señor: antorcha de libertad, fuente de alegría,
viento de paz, victoria sobre toda muerte;
meta de nuestro caminar,
compañero de vida y esperanzas
que nadie nos podrá quitar.
Jesús es Señor: de él brota la vida,

en él nuestra esperanza, con él todo bien,
a él nuestro reconocimiento,
para él nuestra voluntad,
por él nuestra plenitud;
él nuestra salvación, que nadie nos podrá quitar
Jesús es Señor:
el que vive y el que hace vivir;
el que nos cura, recrea y salva
ayer, hoy y siempre
Jesús es mi Señor.
No hay otros señores,
Jesús es nuestro Señor. Amén.

Lector: 1ª Pedro 3, 8-16

“Y por último, tened todos el mismo sentir, sed solidarios en el sufrimiento, quereos como hermanos, tened un corazón compasivo y sed humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto, sino al contrario, responded con una bendición, porque para esto habéis sido llamados, para heredar una bendición.

Pues quien desee amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal y sus labios de pronunciar falsedad; apártese del mal y haga el bien, busque la paz y corra tras ella, pues los ojos del Señor se fijan en los justos y sus oídos atienden a sus ruegos; pero el Señor hace frente a los que practican el mal. ¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien?

Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo”.

Breve momento de silencio para la reflexión personal.

Todos:

Virgen valiente,
inspira en nosotros fortaleza de ánimo y confianza en Dios,
para que sepamos superar todos los obstáculos
que encontremos en el cumplimiento de nuestra misión.
Enséñanos a tratar las realidades del mundo
con un vivo sentido de responsabilidad cristiana
y en la gozosa esperanza de la venida del Reino de Dios,
de los nuevos cielos y de la nueva tierra.
Tú, que junto a los Apóstoles has estado en oración en el Cenáculo
esperando la venida del Espíritu de Pentecostés,
invoca su renovada efusión
sobre todos los fieles laicos, hombres y mujeres,
para que correspondan plenamente a su vocación y misión,
como sarmientos de la verdadera vid,
llamados a dar mucho fruto para la vida del mundo. Amén”.

(San Juan Pablo II)

2. LA FORMACIÓN: PARA DAR RAZÓN DE NUESTRA FE Y ESPERANZA

2.1 Introducción

Nuestra vida es un proceso, un camino de constante crecimiento y desarrollo de todas las dimensiones de nuestra personalidad, hasta llegar a la “mejor versión” de lo que somos: criaturas de Dios, del que recibimos la vocación y la plenitud de nuestra existencia.

De ahí surge la necesidad de la formación integral de los cristianos a través de un proceso educativo que abarca toda la vida. Esta formación no es solo un ejercicio intelectual de asimilación del mensaje cristiano, sino el modo de vivir la fe católica, que abarca la totalidad de la vida. De una forma sencilla podríamos decir que la formación ha de conducirnos a una identificación con el mundo interior de Jesús, para llegar de forma progresiva a vivir con la sabiduría y la sensibilidad del Hijo.

El mismo Jesús vivió un proceso de aprendizaje, de crecimiento *“en sabiduría, estatura y gracia, delante de Dios y de los hombres”* (Lc 2,52). En aquellos treinta años en Nazaret, Jesús *“iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él”* (Lc 2,40). Y a lo largo de su vida pública *“aun siendo Hijo de Dios, aprendió, sufriendo, a obedecer”* (Hb 5,8).

Los primeros en formarse en la “escuela” de Jesús fueron los apóstoles, con un programa claro, dirigido al desarrollo de un triple objetivo: estar con Jesús, formar comunidad con él, e ir a la misión (predicar, curar, ser pescadores de hombres...) (Mc 1,17; Lc 5,10; Mc 3,13- 15). “Seguir a Jesús” era la clave del “sistema educativo” de los primeros discípulos misioneros, en el que la relación maestro-discípulo era diferente a la relación de profesor-alumno. Los alumnos asisten a la clase para que les eduque un profesor, pero no conviven con él. Los discípulos “siguen” al maestro y se forman en la convivencia diaria con Él, en grupo y dentro de un mismo estilo de vida.

Desde entonces hasta hoy, la formación cristiana nos hace descubrir y vivir que en Jesucristo está la plenitud de nuestro ser, nos ayuda a “conformarnos” con él, para llegar a ser verdaderos hijos y hermanos en él.

2.2 Formación integral de la fe para la vida

Como hizo Jesús con sus discípulos, también hoy la Iglesia (Madre y Maestra) continúa promoviendo una formación integral, para ayudarnos a descubrir y vivir la propia vocación y misión. La búsqueda de esta formación nace de la responsabilidad, suscitada por el diálogo entre Dios que llama y la persona interpelada, que acepta recorrer un proceso continuado de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre y la guía del Espíritu Santo.

No se trata de formarse para saber más, sino para madurar la adhesión a Cristo y al mensaje cristiano en toda su amplitud, desde un conocimiento más

rico y preciso de la persona de Cristo y de los contenidos de la fe, que suscite el crecimiento de la vivencia personal y comunitaria del seguimiento a Jesucristo.

En la Christifideles laici se dice: *“La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión. Dios me llama y me envía como obrero a su viña; me llama y me envía a trabajar para el advenimiento de su Reino en la historia.”* (ChL 58).

Se trata, por consiguiente, de una formación desde la vida y para la vida, orientada a preparar a los fieles laicos para que ejerzan su misión en los ámbitos del mundo donde ellos son luz y sal, avanzadilla y signo de contradicción en una sociedad muchas veces alejada del Evangelio.

Por ello, la formación en un *Grupo de fe y vida* ha de tender a ayudar a vivir y fortalecer la coherencia cristiana en todos los ámbitos de la vida y ante todas las situaciones que nos toca vivir, teniendo al Evangelio como criterio de lo verdaderamente humano y a Jesucristo como revelación de la verdad sobre el hombre.

Sólo así se logra suscitar un desarrollo más pleno del compromiso socio-político de los cristianos, un sabio discernimiento sobre las situaciones de la vida actual, y una clara conciencia a la hora de orientar las situaciones que vivimos en el ámbito personal, familiar o social, como discípulos misioneros implicados en la construcción del Reino de Dios en medio del mundo.

2.3 Las cuatro dimensiones de la formación

El objetivo fundamental de la formación cristiana es descubrir y vivir la vocación y misión como cristianos en medio del mundo. La iniciativa es de Dios, que es quien llama a la persona. Es un proceso (su carácter dinámico es importante) que requiere ir madurando hasta alcanzar una síntesis entre la fe y la vida, de modo que la persona cristiana viva desde la fe y el seguimiento de Jesús el conjunto de su vida.

Como ya hemos apuntado al inicio de esta reflexión, la formación debe ser integral, para ayudarnos a personalizar la fe y unificar la vida desde la fe. Se trata de una formación desde la vida y para la vida, que debe contemplar las siguientes dimensiones:

- **Humana:** es fundamental el cultivo y el crecimiento en los valores humanos. Como recordaba el Papa San Juan Pablo II: *“(los laicos) tengan también muy en cuenta la competencia profesional, el sentido de la familia y el sentido cívico, y aquellas virtudes relativas a las relaciones sociales, es decir, la probidad, el espíritu de justicia, la sinceridad, la cortesía, la fortaleza de ánimo, sin las cuales ni siquiera puede haber verdadera vida cristiana”* (ChL 60).

- **Espiritual:** es el alma de toda formación que se propone tocar el corazón de cada uno y de transformarlo mediante un proceso continuo de conversión y configuración con Cristo. Es necesario que la formación de los laicos cuide de

un modo especial la auténtica espiritualidad laical, que ilumina y fecunda su participación en las actividades del mundo.

- **Doctrinal:** la responsabilidad de confesar la fe y el compromiso apostólico requieren una cordial adhesión a las enseñanzas de la Iglesia sobre los contenidos de la fe y su aplicación en la vida, para poder dar testimonio y razón de nuestra esperanza, y fundamentar el criterio de nuestra acción en la Doctrina Social de la Iglesia.

- **Socio-cultural:** es necesario poder atender a las cuestiones humanas y sociales que nos interpelan actualmente, fomentando el diálogo fe-cultura, especialmente en las cuestiones candentes: el reconocimiento y la promoción de la dignidad de la persona humana, el respeto a todos sus derechos y en particular a aquellos que son inviolables, como son la vida y la libertad religiosa y de conciencia; la justicia social; el valor insustituible de la familia, fundada sobre el matrimonio; la paz; la ecología integral...

2.4 La responsabilidad de los creyentes: dar razón de la fe y la esperanza

La primera Carta de Pedro, que hoy hemos proclamado, está dirigida a una comunidad cristiana minoritaria, que vive con dificultad la transmisión de la fe en un contexto pagano, en el que los seguidores de Jesús son fuertemente cuestionados. El Apóstol insta a la comunidad a no tener miedo y a dar razones de la esperanza a todo el que les pida una explicación. Pero es necesario hacerlo, dice el autor de la carta, *“con delicadeza y respeto, teniendo buena conciencia”* (1 Pe 3, 16).

También nosotros vivimos en un contexto social secularizado y plural, que necesita de nuestra propuesta de esperanza, de justicia, de plenitud humana. Un mundo al que somos enviados como signo eficaz de salvación y al que debemos continuar proponiendo íntegro el mensaje cristiano desde la libertad, el respeto, la valoración de la diferencia, sin miedos ni complejos, con la máxima coherencia.

Una formación a la altura de las nuevas exigencias del ser humano

Hemos de reconocer con humildad que nuestra formación muchas veces no está a la altura de las nuevas exigencias del ser humano, que no estamos preparados para realizar con una mínima hondura intelectual el diálogo fe-cultura, que nos es difícil entablar contacto fecundo con las nuevas ideologías y corrientes culturales de nuestra época y nos falta clarividencia para discernir con serenidad y verdad los signos de los tiempos.

Nuestra responsabilidad como creyentes nos exige una sólida formación para dar razón de la propia fe, como una oferta de plena humanidad o, en su caso, como propuesta alternativa y contracultural que se brinda respetuosamente, sin imposiciones, como un servicio generoso, como un camino de crecimiento y plenitud humana íntegra. Debemos ser conscientes de que el servicio a la Iglesia y a la sociedad nos exige a todos los cristianos

dedicar tiempo a la formación y a la profundización de la fe, de manera más intensa a los llamados a ejercer un liderazgo o a asumir responsabilidades en las instituciones eclesiales o sociales.

Cuanto más sólida sea nuestra formación cristiana, mayor será nuestra incidencia vital en la sociedad, mayor nuestra capacidad de contribuir al bien común y al diálogo fe-cultura, más intenso nuestro encuentro con las nuevas tendencias, con los nuevos interlocutores, a los que el Señor nos envía a anunciar la verdad que nos hace libres.

La formación es una urgencia pastoral

La formación es una prioridad, una urgencia pastoral. Pero no será verdadera ni eficaz hasta que cada cristiano no asuma la responsabilidad sobre su propia formación y sobre la formación de los otros; de ahí la importancia de integrarse en un *Grupo de fe y vida*, que garantice y acompañe el proceso formativo permanente. El primer sujeto de la formación es el propio fiel laico, llamado a descubrir todas las dimensiones de la vocación cristiana y las exigencias y los caminos de la misión que el Espíritu de Dios le ha encomendado. La formación más apropiada para la misión se logra en la participación activa en la propia misión.

También es una urgencia pastoral para las comunidades eclesiales, que han de vivir el tema de la formación como una propuesta vital e inexcusable para alcanzar el desarrollo que la Iglesia diocesana debe lograr. Si la iglesia diocesana no se empeña en un proceso de acompañamiento de los laicos, que les conduzca a un proceso de formación continua, corre el riesgo de caer en una situación de frustración permanente.

La falta de formación no es tan solo la pérdida de una ocasión propicia. En muchas ocasiones produce una deformación del mensaje cristiano, una confusión entre lo esencial y lo accidental de la verdad y la vida cristianas, que distorsiona la vivencia y el anuncio, que aleja más que acerca a los sectores de la ciencia y de la cultura, que enfría y desgasta la comunión eclesial y frustra los frutos de la misión. La formación nos ayuda a crecer como personas cristianas y a ayudar a crecer y mejorar nuestro mundo.

2.6 Magisterio del Papa Francisco: EG 183

“Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. ¿Quién pretendería encerrar en un templo y acallar el mensaje de san Francisco de Asís y de la beata Teresa de Calcuta? Ellos no podrían aceptarlo. Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra.

Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus

anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien «el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política», la Iglesia «no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia». Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor.

De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo. Al mismo tiempo, une el propio compromiso al que ya llevan a cabo en el campo social las demás Iglesias y Comunidades eclesiales, tanto en el ámbito de la reflexión doctrinal como en el ámbito práctico”.

3. DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

Moderador: En este momento del discernimiento comunitario, continuamos con el clima de oración, escucha interior, reflexión profunda y diálogo compartido sobre lo que el Espíritu nos inspira a los miembros del grupo. Hagamos el ejercicio de escuchar y acoger desde una actitud de respeto y libertad lo que los otros dicen, para que emerja el discernimiento común.

1. Todos tenemos familiares, amigos, compañeros de trabajo, conocidos que nos interpelan sobre nuestra fe y estilo de vida cristiano. ¿Cómo das testimonio y razón de lo crees? ¿Te sientes con suficiente formación para dialogar sobre sus inquietudes e interrogantes? ¿Tu actitud es de testimonio valiente, o más bien callas? ¿Por qué?

2. ¿Por qué medio has recibido la formación cristiana a lo largo de tu vida? ¿Cómo crees que esa formación te ha ayudado en la vivencia de la fe? ¿Ha influido en tí para impulsar deseos de anunciar el Evangelio?

3. ¿Necesitas continuar formándote para poder dar razón de tu fe y anunciar el Evangelio a los alejados y ausentes? ¿De qué modo? ¿En qué aspectos? Comparte tu experiencia con los miembros del grupo. Después de lo reflexionado... ¿A qué me comprometo en el corto y medio plazo para formarme y crecer en conciencia de ser Discípulo Misionero?

4. ORACIÓN VITA

A ti, Dios nuestro,
que asumes nuestra humanidad
y le das VIDA por tu Espíritu,
acudimos suplicantes,
necesitados de tu fuerza y de tu gracia.
Bendice a la Iglesia Diocesana de Zaragoza
para que busque siempre tu voluntad
y construya una Iglesia en salida,
samaritana y servidora de todos.
Danos por tu Espíritu
el aliento de VIDA que necesitamos
para hacer de nuestras comunidades,
escuelas de comunión.
Inspíranos el ardor evangelizador
de tus profetas, apóstoles y santos,
haznos testigos creíbles,
en permanente estado de misión.
Danos vigor, audacia, para llegar a todos
para acoger, cuidar y acompañar a todos
a los que te celebran cada día,
a los que se alejaron de tu casa
a los que todavía no saben cómo eres.
Señor Jesucristo
acompaña con tu presencia alentadora,
los esfuerzos de esta Iglesia Diocesana
que emprende un tiempo de
escucha, conversión y misión.
Con María nuestra Madre del Pilar
te presentamos nuestra Diócesis,
bendícela e infúndele tu VIDA.
AMEN